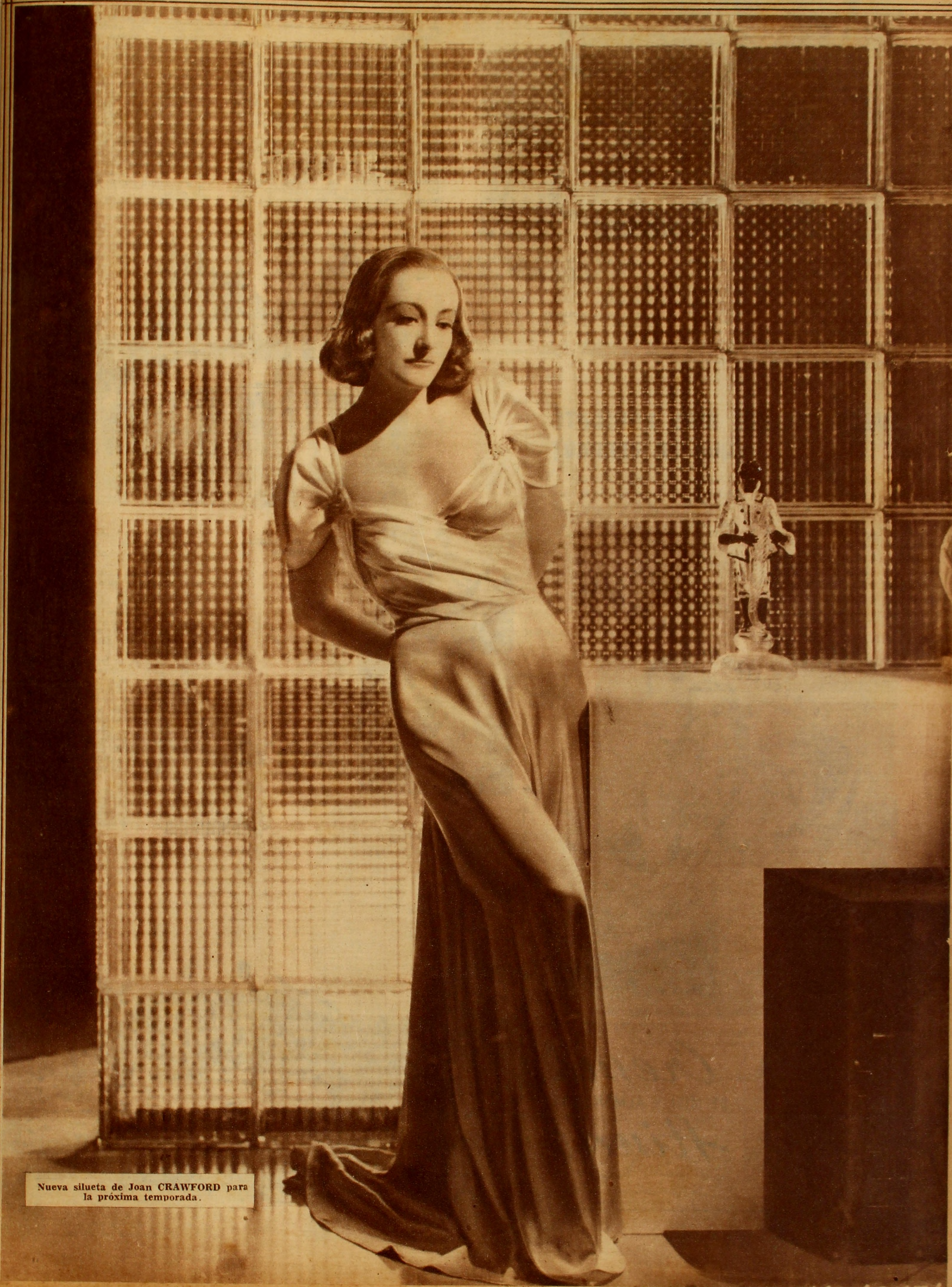
Año V — N.o 252.

EL DIA

Montevideo,
Noviembre 7 de 1937.



Nueva silueta de Joan CRAWFORD para la próxima temporada.

"LA ISLA DE NIA



Dos jóvenes pertenecientes a la nobleza, de la ciudad de Bawomataluo

Casa de una aldea al norte de Nias, los nativos levantan porciones del techo, con el fin de admitir aire y luz →



DESVIANDONOS de la ruta principal seguida por los barcos que circundan las tranquilas aguas de la costa este de Sumatra, pasando a través del estrecho de Malaca, en el archipiélago Malayo, nos aventuramos por las más bravas que bordean la costa occidental de Sumatra y encontramos la isla de Nias, maravilloso lugar, en que la naturaleza haciendo galas de sus bondades, la ha dotado de un clima que aunque caluroso, resulta encantador, haciendo de ella un paraíso, el cual se halla completamente apartado de la civilización.

Sus habitantes son gentes sumamente superticiosas que creen en la reencarnación de sus antecesores en pequeñas imágenes de madera tallada y en el descanso de sus espíritus en enormes asientos de piedra admirablemente cincelados, que para tal fin se encuentran en el frente de cada vivienda y debajo de los cuales guardan celosamente las osamentas de sus antepasados.

Viven influenciados bajo el poder de los magos o mediums, a los que creen capacitados y con poder suficiente, como para causar lluvias o hacer brillar el sol, para predecir el futuro, las buenas cosechas, los días favorables para concertar matrimonio, cortar bambú, emprender un viaje o cualquier otra empresa.

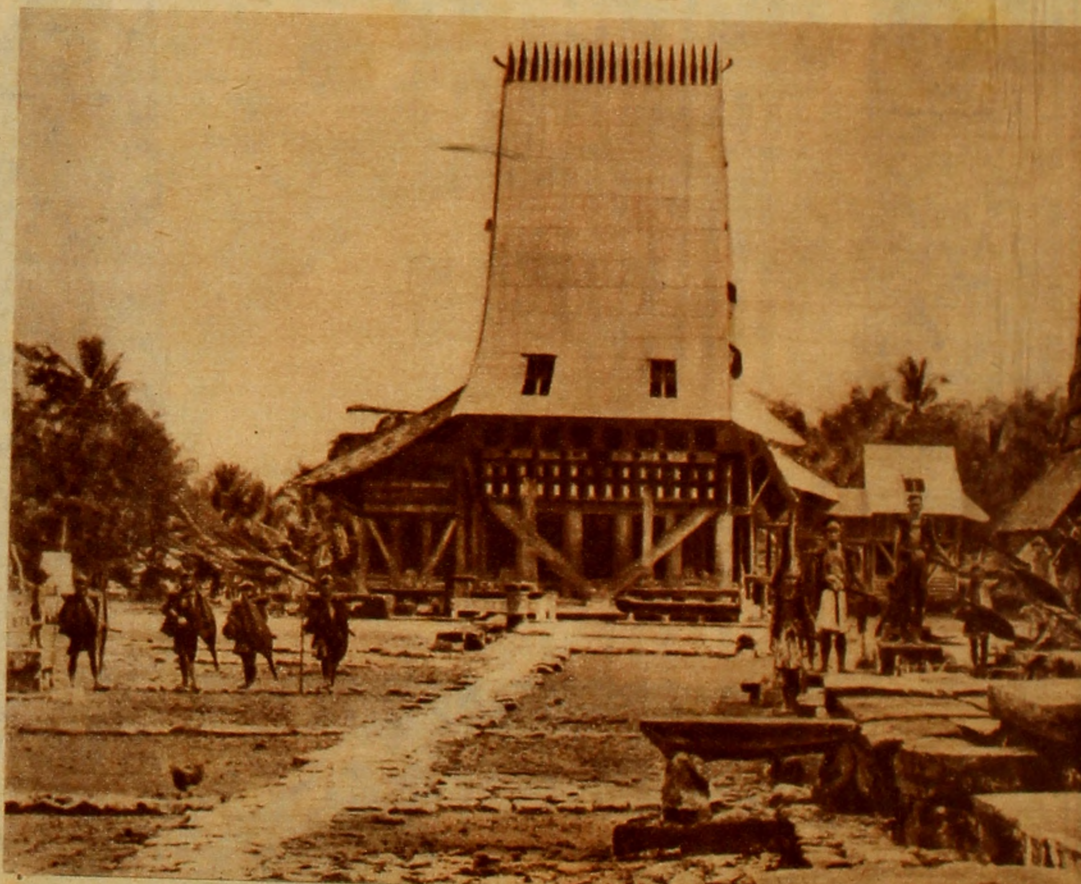
Entre los nativos, a pesar de ser una isla que posee gran cantidad d se utilizan los cerdos como moned rriente, y el dinero circula únicamen ocasiones especiales, tales como por plo, cuando bajan a la costa, para biarlo por sedas a los traficantes ch y es casi de la única manera que ést ne valor ante sus ojos, pues, hasta cu un hombre compra esposa, hace el con cerdos, pero ésto de conseguir " ra" es una costosa proposición, pue hombre no sólo debe dar muchos c en pago de su boda sino llenar otras vosas obligaciones también, tantas qu algunos puntos, donde existe el comp so marital entre niños, se pagan los g de la boda a plazos, comenzando d que la futura pareja tiene apenas tres de edad.

En Hili-Simaetano, situada hacia el de la isla, que cuenta 2.000 habitante cuyas calles están pavimentadas con dras lisas, mostrando sus casas delinea en dos largas filas, tiene asiento el su mo tribunal de justicia; el jefe sentado una magnífica silla esculpida, proteg por un paraguas, ambos hechos de sól piedra, escucha las evidencias, delib con los personajes más importantes de isla los cuales actúan de jurado, y di sentencia, pero si ésta no es del agrado la concurrencia, debe dar otro fallo p complacerlos.

La mayoría de los delitos se pagan c una multa, dándosele al acusado un t mino de tres días para cumplirla, y si ese plazo no lo hiciera se le condena pasar sus días como un mísero escla los que abundan bastante, pues son m chos los que adeudan sus multas, esper do el día en que puedan cumplir, o en q alguno de los nobles deseando hacerse p pular dé un festín, en el que redima a un cuantos de la esclavitud, con el propós de que éstos a su vez, lo ayuden algún d



Nativo en actitud guerrera ←



Casa de un jefe importante en la ciudad de Bawomataluo

"AL MARGEN DEL MUNDO"

a ascender a la máxima categoría de jefe; como se puede apreciar, también entienden de política.

Son varios los misioneros que se han esforzado en inducir a estos nativos, a adoptar las vestimentas europeas, pero lo han logrado solamente en algunos puntos del sud, en que los nativos han quebrantado sus costumbres a imitación de su jefe, que las ha vestido primero, indicando así, que desea adoptar lo nuevo y desligarse de las viejas como inhumanas costumbres.

Relativamente, son muy pocas las personas que han oído referencias acerca de Nias, se la mencionó por vez primera, en un manuscrito de un mercader mahometano en el año 851 y en el que se la llama "la isla del oro", se encuentran también en escritos de años posteriores, principalmente arábicos, referencias ocasionales con esta isla, y mapas antiguos sitúan una isla del oro, muy cerca del presente sitio de Nias.

Los portugueses en el año 1520, habilitaron sin efecto una expedición para examinarla, y a mediados del siglo 19 atrajo la atención de los holandeses, los que se establecieron en distintos puntos del norte y del sud, pero en el año 1861 la naturaleza vino en ayuda de los nativos trayendo consigo una serie de contínuos terremotos, y a consecuencia de estos fenómenos, se produjeron disturbios entre los nativos, los que determinaron expulsar a los holandeses de la isla y es solamente desde los últimos veinte años que los blancos tienen verdaderamente poder sobre la isla de Nias.

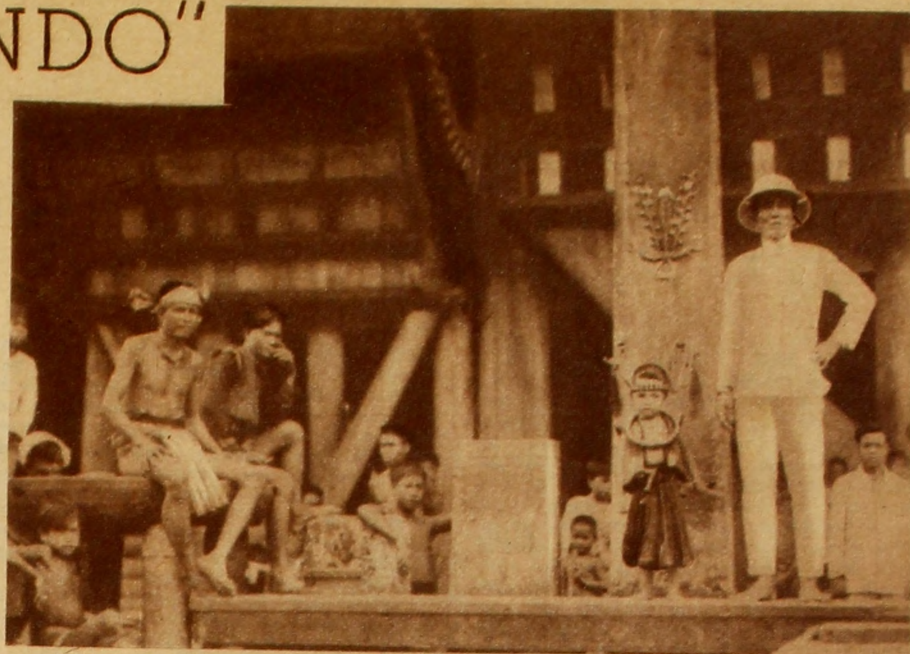
Pero acerca de los primeros pobladores de Nias, aquellos de los cuales heredaron los presentes habitantes sus leyes, sus propias artes, y su sistema de combate, eso no se ha llegado a saber, porque como ha sido posible que éstos nativos con aficiones salvajes, hayan podido edificar esas ciudades, con calles empedradas? ¿Cómo han adquirido conocimientos de arquitectura, que les ha permitido construir esas grandes casas con enormes columnas, cámaras ocultas y hermosas esculturas? ¿De dónde viene el motivo para esas piedras hereditarias de tanta semejanza con el culto megalítico de Egipto y neolítico europeo? ¿De quiénes han obtenido sus armas medioevales y su sistema de gobierno? Varias teorías han sido ofrecidas en contestación a estas preguntas, pero el problema no ha sido resuelto todavía.

Un investigador decía que los primeros aventureros malayos que llegaron a Nias, fueron separados a través de muchas generaciones y que a causa de esta separación de sus parientes, desenvolvieron una cultura completamente distinta de esa encontrada en Sumatra o de las otras islas que la circundan, pero esta teoría es confrontada con una cantidad de casos acumulados por arqueólogos y etnólogos, que demuestran que personas que viven aisladas son siempre torpes y retardadas, y de este modo parece inconcebible que estas tribus primitivas, sin contacto con la civilización, hayan podido desenvolver y perfeccionar una cultura comparable a la primitiva europea.

Hay muchos pareceres al respecto, pero probablemente ninguno sea enteramente correcto, siendo lo más acertado inclinarse a pensar, que estos desciendan en su mayor parte de los primitivos colonizadores malayos, a quienes físicamente y lengüísticamente tanto se asemejan.

Se sabe tan poco de su primitiva y verdadera historia, como así de su alta cultura, que todas las explicaciones son más o menos teóricas y por el presente debemos aceptar su gran desenvolvimiento, como el resultado de un crecimiento gradual, ayudado por extensivos contactos a través de muchos siglos.

(Traducción de Margarita COLL).



Un jefe de una ciudad al sur de la isla, vistiendo a la usanza europea



En la noche, los mortales comparten los asientos de piedras, con los espíritus de sus antecesores



Los dientes de tigre son considerados como un poderoso amuleto, aquí se ven dos muchachos Nias, luciéndolos sobre sus cuchillos de combate



Imagen de madera tallada, y en la que se reencarnan los antecesores, de cada familia



Un guerrero de Nias, dispuesto para una danza, representando una figura mitológica



Asiento de piedra magníficamente esculpida, en la que descansan los espíritus de los antepasados

EL PLACER DEL RIESGO

Por PEDRO VILLETARD

FUE a los veinte y cinco años, contó Jacques Sourdiére, que un acontecimiento cambió el curso de mi vida. Los primeros años de ese siglo veinte han tomado, a mis ojos, un tinte uniforme. Me creía feliz y debí serlo. Cuando terminé mis estudios de derecho, mis excelentes padres, busgueses acomodados, me hicieron entrar en el bufette del profesor Jamblin, prestigioso abogado del barrio Mail. Los Jamblin eran ricos y comprendí que no les desagradaría tenerme por yerno. Si bien Irene Jamblin no me entusiasmaba (era una rubiecita bastante flacucha) tampoco me sublevaba ese proyecto. Salido apenas de una infancia casera y apacible no sentía ninguna inclinación por las fantasías y me acomodaba a mi suerte. Cenábamos todos los domingos en la casa de estos buenos Jamblin y después de las cenas se jugaba al enano amarillo bajo una lámpara de alto pie cubierta con una pantalla de seda gris, en la cual la joven Irene, artista concienzuda, pintaba tulipanes y hortensias. La veo sentada a mi lado. Llevaba un traje oscuro, de mangas cortas. Mi juego le interesaba mucho más que el de ella y, cuando yo perdía, la amable niña pasábame a escondidas fichas por debajo de la mesa.

—Tiene tan buen corazón, suspiraba mi madre. Ah! no compadezco al hombre que se case con ella.

Cuando la vida no exige grandes sacrificios, no es difícil dar ciertas pruebas de amor.

Una pesada tarde de estío que anunciaba tormenta, mi madre dijo que los "simpáticos Jamblin" acababan de alquilar una villa en la costa bretona.

—Si fuéramos con ellos? me propuso. Pasaríamos las vacaciones juntos.

Mi padre maliciosamente movió su diario:

—Si le interesa más que a nosotros! dijo sonriente.

No protesté y, quince días más tarde, llegábamos los tres a la playa bretona. Habíamos descendido en el hotel Bellebue y a pesar de la belleza de la decoración marina, mi primer impresión fué bastante penosa. Es que la perspectiva de una temporada consagrada a los Jamblin, a su hija sobre todo, lejos de regocijarme me abrumaba. De hecho, la dulce Irene no me abandonó un instante. Pescábamos, desnudas las piernas, cangrejos en los charcos, y tomábamos nuestro baño bajo la mirada de la familia. Pero esta intimidad no era más que ilusoria y yo no experimentaba ningún placer. Lo que más me irritaba es que mi reserva era puesta a cuenta de una timidez que la señora Jamblin encontraba excesiva. Esta persona era partidaria de las situaciones definidas y apreciando un joven discreto, dejaba a veces entender a mi madre que a ella la sorprendía mucho de mi discreción.

No comprendí en la primera semana que me convertía en un nuevo ser. Frente a las rocas de perfil salvaje, un poeta imprevisto se despertaba en mí y no era culpa solamente del paisaje. La presencia en el hotel de una americana operaba, poco a poco, mi metamórfosis. Esta encantadora joven, una morocha de ojos azules, realizaba una gira por toda Europa con una amiga, otra señorita, algo mayor que ella. No me era fácil verla sino en el comedor, pero qué fiesta entonces!... y qué emoción!

Algunas palabras cambiadas en el curso de las comidas terminaron al fin por comprometer mi corazón. A partir de ese momento, me sentí desgraciado, tanto más desgraciado cuanto que Gladys Brixton parecía darme prueba de un vivo interés. Al cabo de algunos días, tomamos la costumbre de charlar juntos, después de la cena, en una blanca terraza adornada por rosales.

Y he aquí que una noche ella me interrogó:

—Quién es esa chica que no lo deja un instante?

—Oh!, dije ruborizándome. Una amiga de infancia.

Gladys sonrió suavemente mordiéndose los labios.





—Una amiga!... Sólo una amiga? Reflexione, señor.

—Nada más, dije bruscamente. Se lo juro.

—Entonces me parece usted raro, suspiró Gladys. Por qué se condena a esa esclavitud?

Una luna de plata y rosa ascendía sobre el mar. Era una cálida noche en que a penas soplaba ligera brisa que venía de tierra trayendo perfumes de los prados.

—Vamos a la playa, propuso Gladys. Sabe que usted me entretiene? Se pretende que soy muy inteligente y confieso que no alcanzo a comprender su carácter.

Sobre la playa rocosa donde morían las olas le hice confidencias. Gladys me escuchaba con atención. Terminado mi relato, sacudió la cabeza:

—Cómo? No la ama y piensa casarse? Francamente no admito esa mentalidad.

Vuelvo a ver a Gladys bajo la luna de levante. Abría su capa blanca, tendía sus brazos y, la cabeza volcada hacia atrás, aspiraba el aire puro.

—Lo compadezco, terminó... Lo compadezco mucho.

En la noche, en lo sucesivo, hacíamos un paseo. Durante el día con los Jamblin pero me escapaba después de la cena para unirme con Gladys en la playa desierta.

Poco a poco, sin embargo, me enardecía y, como las vacaciones tocaban a su fin, la interrogué casi brutalmente:

—Y usted, Miss Gladys, no quiere a nadie?

—No, me respondió sin vacilar.

—Es que... balbucee — si supiera...

—Ya lo sé... Lo adivino, me dijo alegremente. Pero usted no me agrada mucho más que cualquier otro. Querría casarme con un hombre valeroso y ese hombre, lo busco todavía.

Admirablemente, colocó su manc sobre mi brazo y prosiguió en seguida, con una voz singular:

—El domingo próximo hay una carrera de autos. Yo intervendré en la prueba con mi coche. Marcaré cien, quizá algo más, y prefiero que Bessie no me acompañe... Puedo ofrecerle un asiento.

—Con usted Gladys, no tendré miedo.

—En eso se equivoca, me dijo sonriente. Soy algo alocada.

—Tanto peor, exclamé. Moriremos juntos.

—Eso sería lo peor que podría ocurrirnos, dijo Gladys soñadora, pero, si gano, —y es muy probable— no le permitiré que se case con Irene.

—Convenido. Mañana parto con usted.

En este minuto, le tomé la mano, pero como aproximase mi cabeza a la suya, recibí un empujón que me hizo tambalear.

—Todavía no he ganado y, por otra parte, usted tampoco.

Yo habría debido, como Gladys, morir aplastado contra un árbol en el último viraje. Pero cuando iba a trepar en el automóvil mi madre haciéndome una escena de lágrimas:

—No vayas ,hijo mío, te lo prohivo... No ves que esta joven es una loca?

Sin creer fatalmente que yo iba a matarme, dejaba estallar su resentimiento contra la extranjera desprovista de escrúpulos que quería malquistarme con los Jamblin.

Gladys sorprendió mi vacilación. Soltó la risa.

—Ya no lo quiero... Hurra por Irene!

Partía como una flecha, envuelta en polvo. Ansioso, con los ojos seguí el coche. Después fué la patinada y la catástrofe.

—Qué suerte tuvo esa Irene, dijo uno de nuestros amigos.

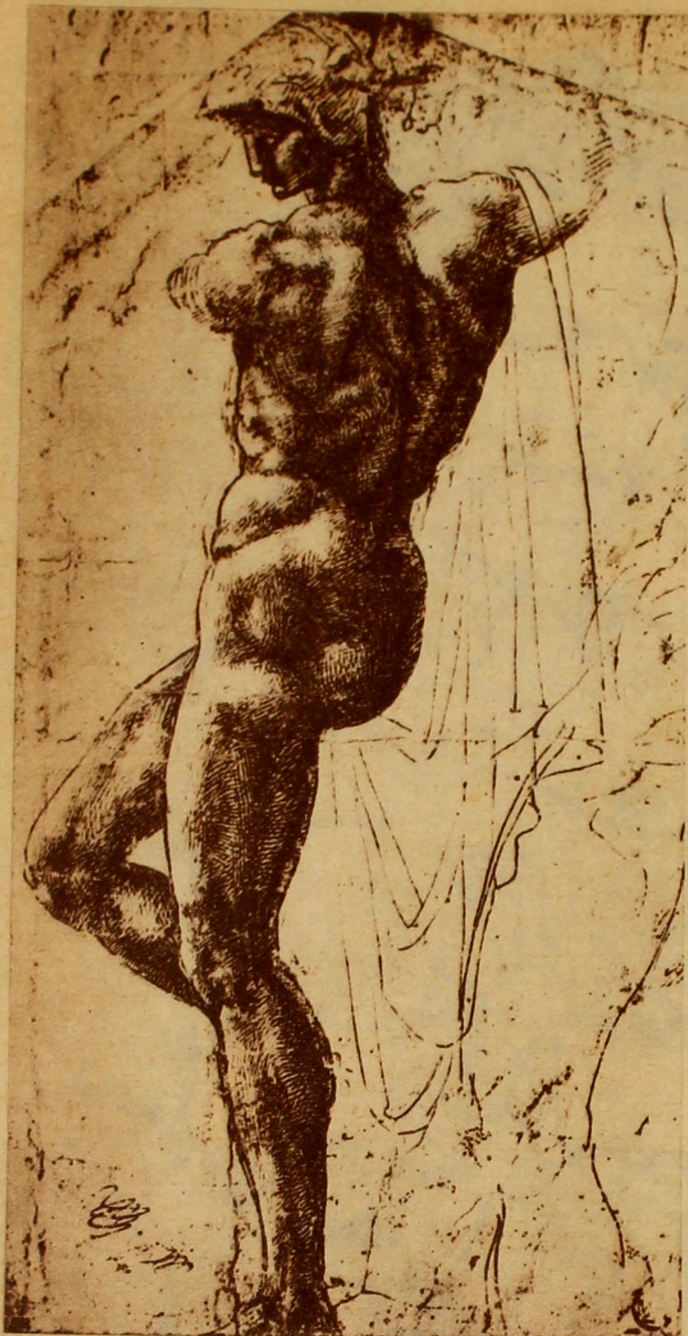
—No me casé con ella, replicó Sourviere. Abandoné el estudio y abandoné París. Veinte años de Indochina, una vida infernal. Allá lo arriesgué todo, pero sin utilidad. Jamás la gran segadora quiso nada conmigo.

En el último otoño, un día de tempestad, deposité rosas sobre una lápida ennegrecida. Gladys sigue siendo mi animadora. Debo a su fantasma ser un hombre de acción. Es el único don, hay! que me hizo esta loca, esta deliciosa loca, a la cual lloro todavía.



EL IDOLO DEL REGIMIENTO

Shirley TEMPLE, la más famosa estrella infantil del cinema anima el personaje central de una nueva producción que exhibe Cine Metro y que ha sido dirigida por John Ford. Le secundan en su labor Víctor McLAGLEN, C. AUBREY SMITH y June LANG, desarrollándose la acción del film en el lugar más pintoresco de la India Inglesa



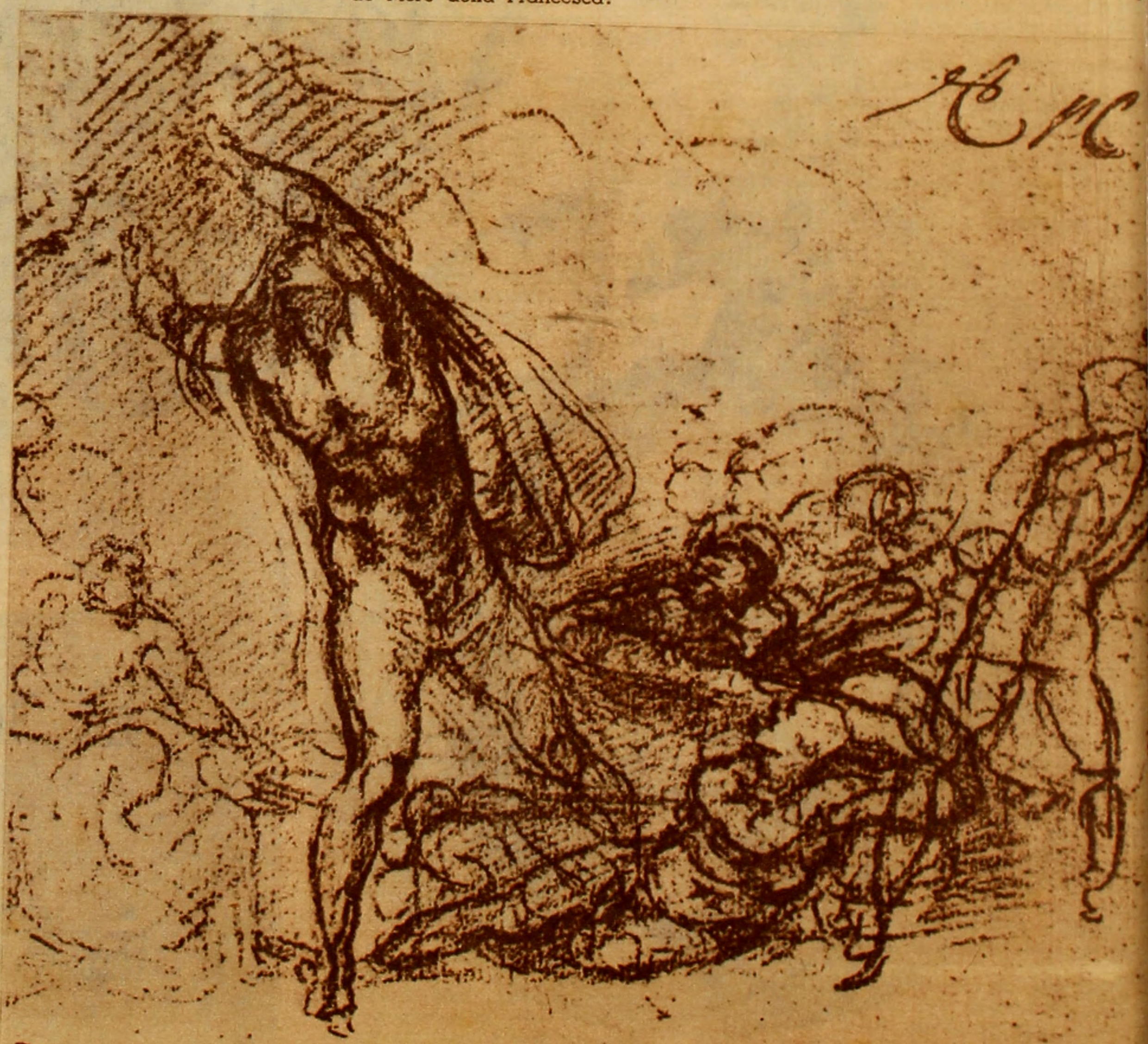


DIBUJOS DE MIGUEL ANGEL

A medida que la estética de Rafael le pedía al universo más elementos y los iba organizando en composiciones cada vez más complejas, Miguel Angel introducía más fácilmente su dinamismo en las formas en movimiento, precipitadas en su espíritu desde el fondo de cuatro siglos por el peso formidable del pensamiento italiano.

Como se apartaba de los hombres para poder comulgar con ellos y tenía una idea demasiado alta de su calidad de hombre para aceptar la inferioridad de los demás y acceder a su bajeza, su vida fué toda ella un drama. Pero uno logra que los demás olviden sus sufrimientos acallando sus propios dolores para abrir las puertas del mundo únicamente a las armonías intelectuales capaces de sobrepasar el dolor. La pintura de Italia, decía Miguel Angel, no hará nunca verter una lágrima, y condujo hasta el umbral de la felicidad histórica a aquellos que saben sufrir.

Venía de Florencia; nacido en medio de sus últimos tormentos, llevaba impresa con fuego la pasión por ella vivida. Hizo su aparición veinte años después del Vinci, en el instante en que Florencia alcanzaba el punto más febril de su historia. Había leído a Platon y llevaba siempre a Dante consigo. Discípulo del Ghirlandaio, el pintor más directo de la época, buscaba la intimidad de las obras del Giotto, de Masaccio, de Della Quercia, de Donatello y de Piero della Francesca.



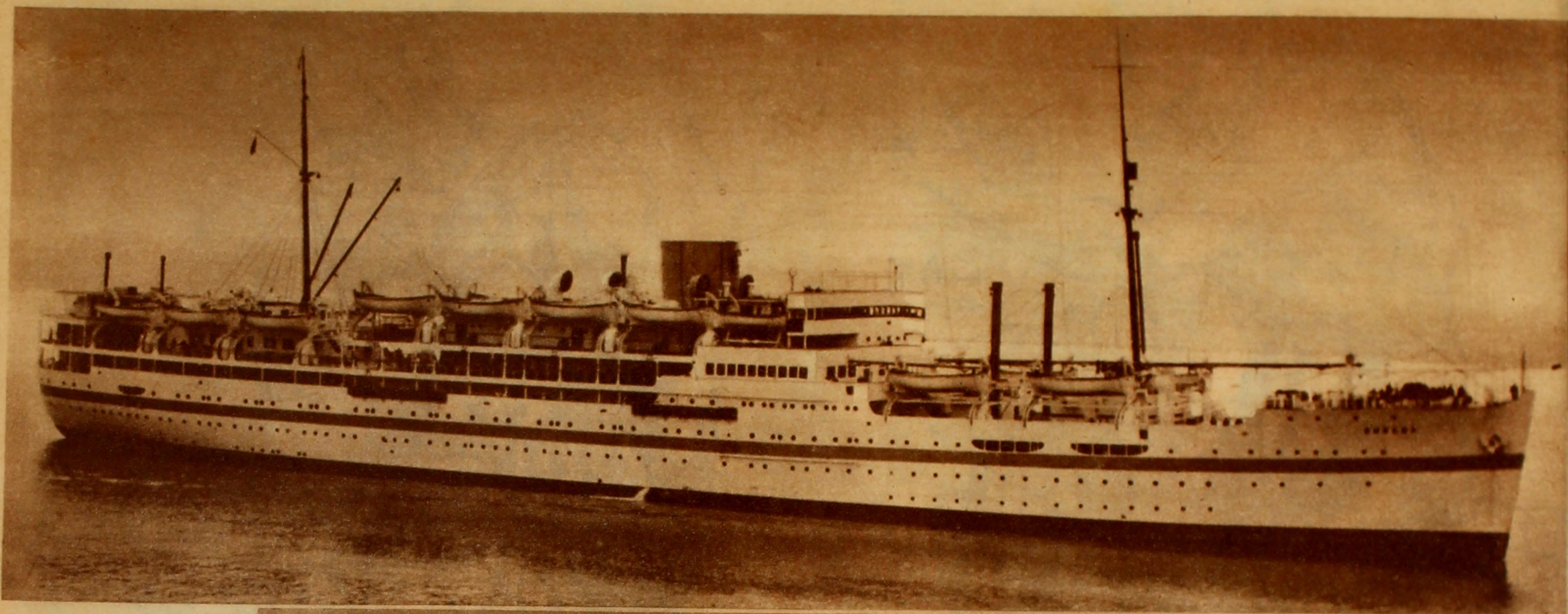




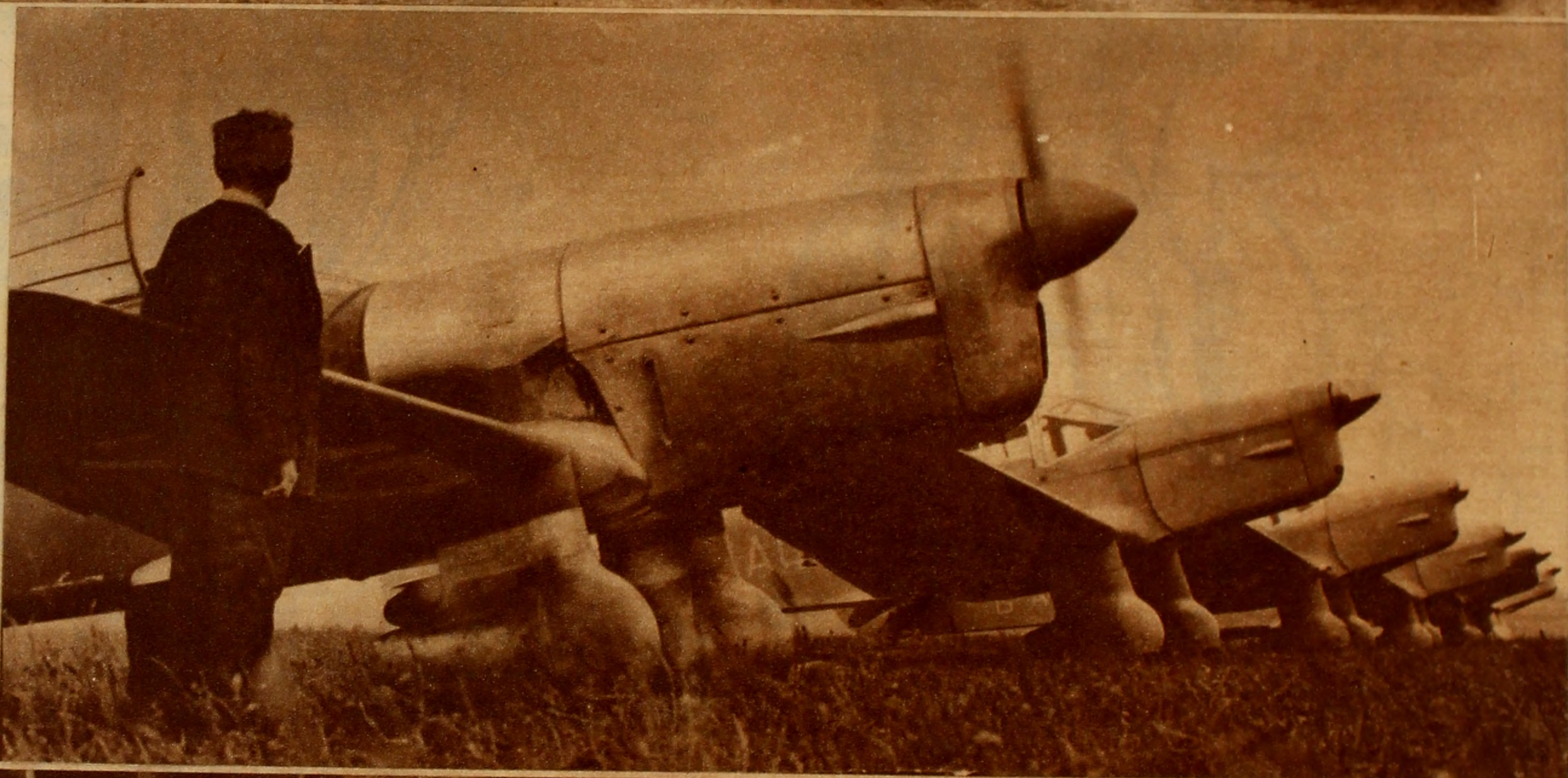








El buque británico Dunera, en su viaje a Hongkong, donde conduce 1100 soldados para reforzar las tropas británicas en el Lejano Oriente



Los aviones Gull prontos para intervenir en la competencia aérea King's Cup, que tiene lugar todos los años en Inglaterra



Lord Playmouth presidente del Comité de No Intervención en compañía de su esposa e hijos, en su residencia de descanso, el Castillo St. Fagan's Castle



Nacionalistas Arabes de Palestina rodean al Gran Mufti. Las autoridades francesas e inglesas se están consultando sobre la situación del Mufti, puesto que los ingleses no quieren que resida en Palestina ni en otro país árabe que esté bajo su influencia, por considerar que está dirigiendo una agitación inspirada por Mussolini

INFORMACION GRAFICA DEL EXTRANJERO



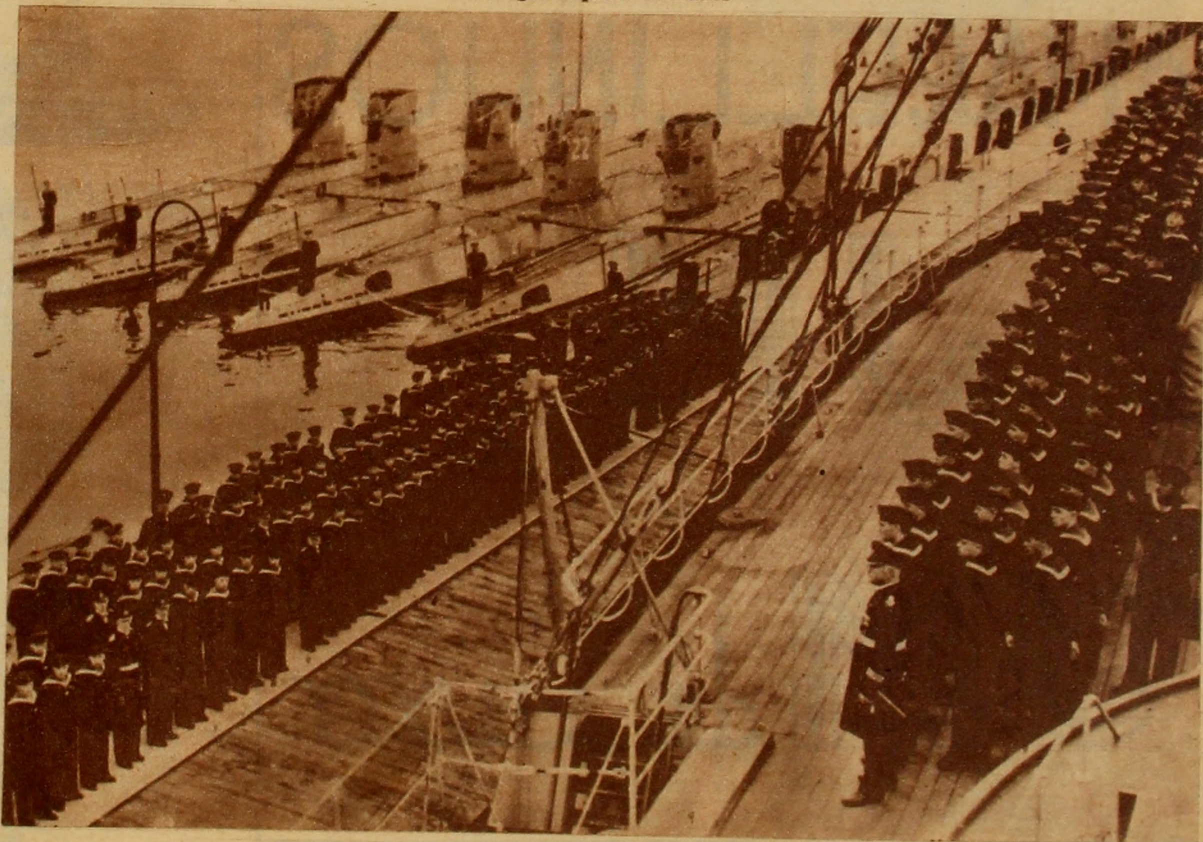
Marineros ingleses parten para reforzar las guarniciones del Mediterráneo. Estas tropas se dirigen a Egipto y Sudán y han sido fotografiadas en el momento de embarcar en el transporte Somersetshire



Los aviadores Kirchhoff, Gablenz y Untucht a su llegada a Berlín, después de su accidentado viaje al Asia, donde se vieron precisados a realizar un aterrizaje forzoso debido a una falla del motor



Famosos liders del Partido Obrero de Inglaterra, pronuncian discursos en un mitin contra la invasión japonesa en China, realizado el 17 de octubre en el Trafalgar Square Londres



Una nueva flotilla compuesta de 8 submarinos alemanes en el puerto de Kiel. Momento en que el capitán de la flotilla Eckermann pronuncia su discurso



FLECHAS INDIGENAS

Por PABLO DE GRECIA







Puntas de dardo, una de ellas presentando la forma de una almendra, otra que pudo ser de arpón y el resto de jabalinas





REPRODUCIMOS, como evocación de la época pre-colonial, una interesante muestra de puntas de flecha indígenas, halladas en los paraderos del litoral platense.

Productos de una primitiva industria que contempló, por igual, necesidades guerreras y cinegéticas, corresponden étnicamente al primer período de la civilización humana, conocido con el nombre de edad de piedra.

En estos grabados podrá observarse la fractura de la piedra y el acierto "escultórico" obtenido por simple percusión, así como la coincidencia absoluta, en materia y forma, respecto a los ejemplares hallados en otros continentes (Europa comprendido) y que revelan un proceso evolutivo idéntico, en la industria lítica, entre grupos aislados en el tiempo y en el espacio.

Extraña coincidencia esa (que casi parece instinto) que lleva al guaraní del 1400 de nuestra era, a picar la piedra del mismo modo que el indígena cavernario de Europa, cinco mil años antes de Jesucristo.

Porque si es perfectamente explicable, por próximas y recíprocas migraciones o por contacto indirecto, que el piel roja, el tolteca, el aimará, el guaraní o el patagón etc., se sirvieran de utensilios análogos (a salvo grados de civilización), resulta extraordinario, en cambio, señalar tales coincidencias entre pueblos alejados miles de años en el tiempo y miles de leguas, océano por medio, de distancia.

Pero no es nuestro propósito penetrar en los enigmas de la arqueología, sino exhibir estampas en las que se unen el arte ancestral del indio y la plástica fotográfica de esta hora, como medio de divulgación visual de nuestro pasado indiano.

Las puntas de flecha, que la lente ha fijado desde diversas perspectivas, fueron labradas posiblemente en el siglo XVII, y quién sabe en qué historias de sangre intervinieron: tragedias intestinas, luchas por el hambre o el sexo, defensa de la toldería, en una época en que la marcha errabunda de la tribu no consentía otro concepto de patria.

No es tampoco con ánimo "nacionalista" que exhumamos tales reliquias, porque nos consideramos, a pesar de la leyenda romántica del indio, bien lejos de ese "bí-

Puntas de flecha, tomadas por los bordes donde puede verse la talla de ambas caras

pedo vertical", tan cercano psicológicamente del hombre de Pekin, de Gibraltar, de Java o de su más próximo pariente, el **homo pampeus** de Ameghino.

Todo lo demás es leyenda o literatura, extraordinaria, cuando la fragua un artista: detestable cuando la quiere imponer, en mala prosa, la autoridad de profesores adocenados.

Estas muestras de la labor de nuestros charrúas, prueban que éstos, al igual de las demás tribus guaraníticas, habían dado un paso en tan primitiva industria, y franqueado el que media entre la industria de la piedra partida y el de la piedra picada.

Corrobora esa opinión no sólo la naturaleza de las fracturas, bien de manifiesto en estas fotografías, sino el hallazgo de percutores que hicieron posibles tales labores.

La materia empleada fué generalmente el silex, piedra que abunda en nuestro país, rara vez escamas de pizarras.

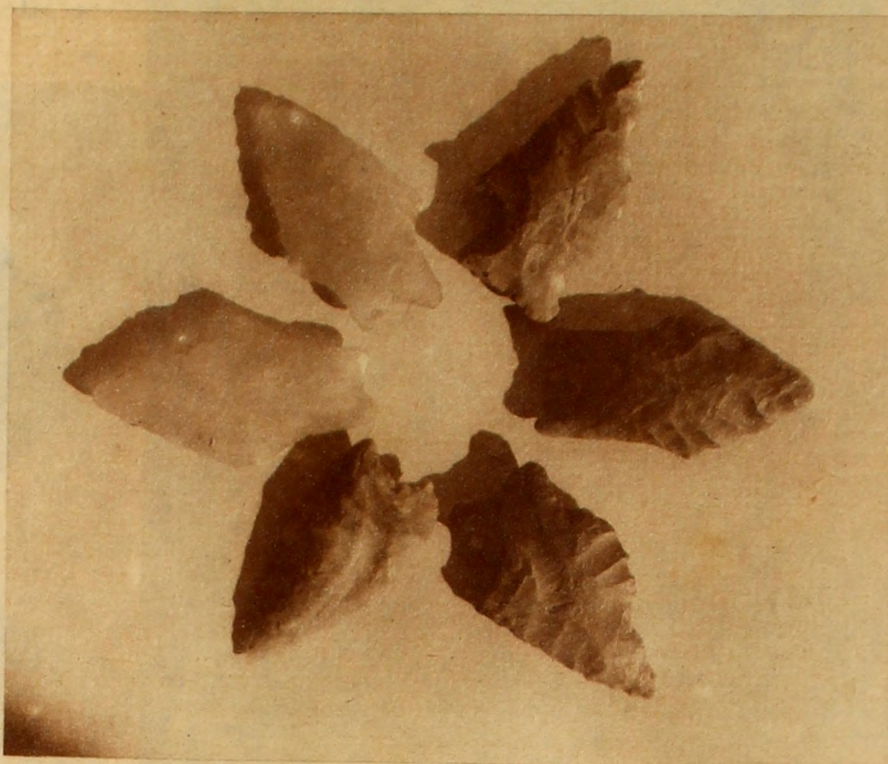
Entre las piezas de esa industria aborigen se hallan, también, boleadoras de exacta factura y rompecabezas y morteros de minucioso labrado, cuya fabricación sólo fué posible mediante el uso de herramientas apropiadas.

Las puntas de lanza, de los cuales exponemos sólo tres ejemplares, eran análogas por dibujo y labor, a las puntas de flecha, y sólo diferían en el tamaño, como es lógico.

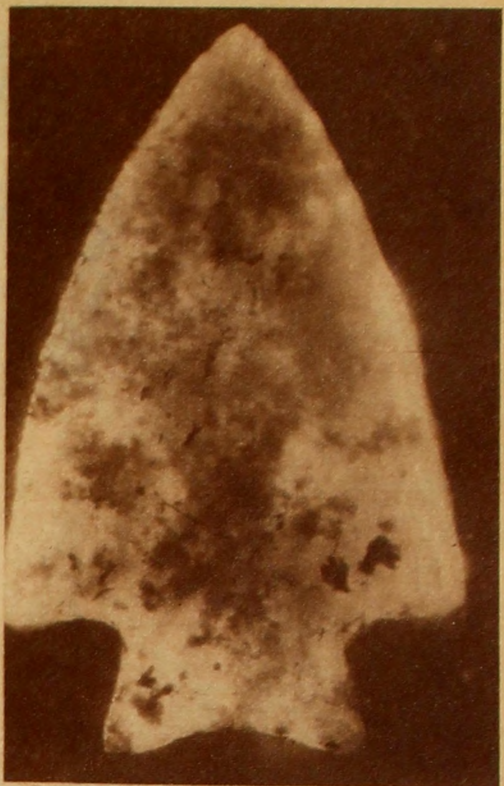
Dicho lo que antecede, sólo nos resta dejar librado al léctor, las mil sugerencias que estos restos de industria bélica, despiertan en cada uno, al hacer un paralelo entre los elementos homicidas de esos hombres, que eran poco más que bestias, con los que el **progreso** de dos mil años ha creado para destruir vidas humanas.

Pablo de GRECIA.

(La documentación gráfica de la colección del señor Roberto Pietracaprina).



Perfecto ejemplar tallado en cuarzo, visto de frente y en transparencia para apreciar su poco espesor







Punta de silex, que muestra los detalles de sus ángulos y aristas

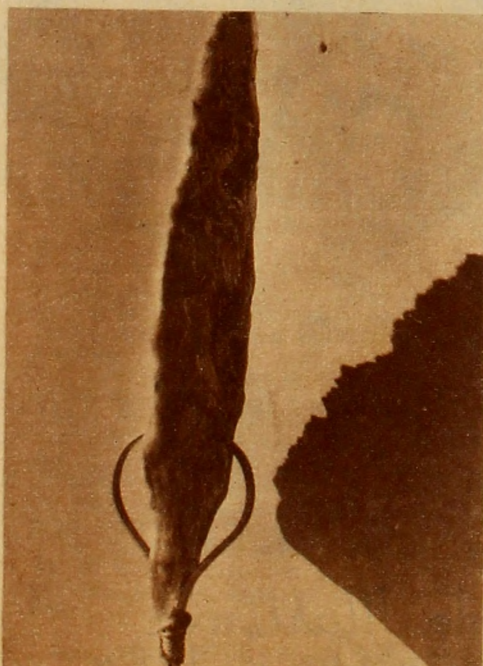


Puntas de piedra tallada, de tamaño considerable, seguramente utilizadas para las lanzas

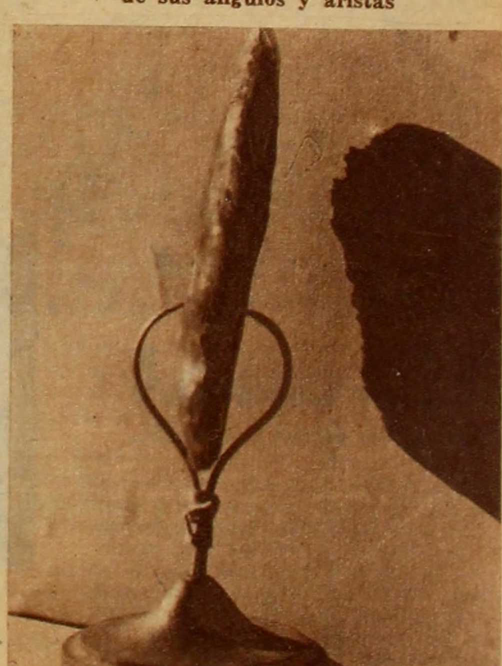


Ejemplares de diversos tamaños, formas, y materiales que pudieron pertenecer indistintamente a los indios charrúas, guenoas, minuanos o arachanes









Puntas de flecha, tomadas por los bordes donde puede verse la talla de ambas caras

SOCIALES



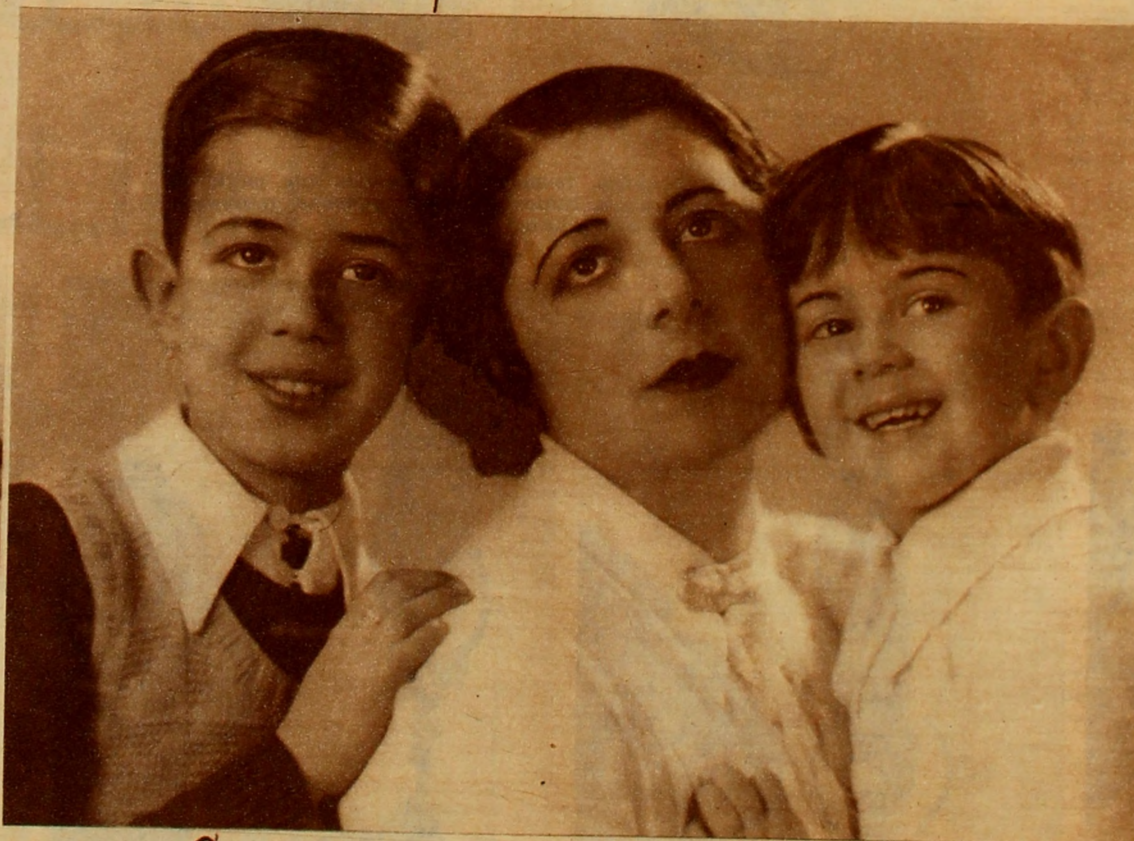
← Sta. Sofia R. Sacco.
foto Marchese.



Sra. Elena Santos de Ferreira y su hija Dianita.
foto Figoli.



← Myriam Carlomagno Manfredi.



Sra. Tota M. de Martinez y sus niños Federico y Julio.
foto. Marchese.

LOS DESCONOCIDOS

Cuento por Carrasquilla Mallarino



DIBUJO DE **AGUERRE.**

ERA una noche de esas en que pide el cuerpo estar en casa, al calor de la chimenea. Había nevado un poco y lloviznaba a la sazón. Un reloj público vecino había dado nueve campanadas, y por la calle apenas si cruzaba un coche, de tanto en tanto, con sus farolas temblorosas y la abrigada silueta del postillón.

El letrero eléctrico del hotelito, ora roja, ora pajizo, era la única nota palpitante del suburbio montmartrense, y proyectaba sus radiaciones intermitentes en los cristales de la habitación de Julio Guerra y en los del balcón de la vecina de ojos azules, vista con frecuéncia en la escalera y saludada cortésmente.

¡Ah, la vecina! ¡Qué linda era! ¡Cuántas veces oyéndola hablar a su perrito blanco, cantar en voz queda o revolverse en el lecho crujiente, perdió el sueño Julio Guerra, o arrojó al suelo puñados de cuartillas vibrantes, que debían haber ido a la prensa...!

¡Nada! Desde que Georgette ponía la llave en la cerradura de su cuarto, Julio perdía el dominio de su yo. La chica llegaba tarde casi siempre: a las dos o las tres de la madrugada.

¿Por qué vivía sola? Nadie entraba jamás en su habitación. ¿Cuál era su vida? ¿Concurriría a algún café nocturno? Julio la había seguido con disimulo varias veces, a la salida del hotel; pero ella tomaba un coche en el Faubourg, e imposible averiguar su rumbo.

Pues bien, aquella noche invernal, ni Georgette ni Julio salieron. Ella daba vueltas en su cuarto, y él, en el suyo, echado en un sillón, en bata y pantuflas, dejaba ir las miradas con el humo del cigarrillo, mientras su pensamiento y su oído seguían las maniobras inquietas de la vecina. Una puerta condenada y un tabique separaban las dos cámaras, y Julio —filosofando su soledad— se sentía invadido por una tristeza recóndita. ¡Qué bien, decíase, si se abriera esta puerta y apareciera la vecina! Ella debía estar melancólica también. ¿Meditaría en lo triste que es la soledad, en una noche de invierno silenciosa?

De pronto, comenzó a tararear un aire en boga, una de esas canciones típicas que cantan los ciegos bajo las ventanas. Lo hacía en voz más alta que de costumbre, y Guerra, maquinalmente, se puso de pie, modulando el mismo son.

Cantaron largo rato, una y otra canción de moda, como si no se oyeran.

Las horas habían pasado. Cada uno apagó su luz y se metió en su cama; y dos toses fueron algo así como un **Bonsoir** implícito.

La puerta era una muralla impenetrable; un imposible... ¡Qué poco audaz, qué ingenuo se sintió Julio Guerra!

Y los jóvenes, desconocidos el uno al otro, se fingieron indiferencia aquella noche fría, en que tan amarga era la soledad.

☼

La luz de un pleno y raro sol se tamizaba en los vidrios y cortinajes. Los niños, entrando en las escuelas contiguas, gritaban y corrían; y aquello, que parecía el murmullo gárrulo de una pajarera distante, despertó, como siempre, a los dos inquilinos.

Julio sintió a la vecina levantarse, invitando a Loulou a dar un paseo, después de abrir las cortinas y mirar el bello día:

—¡Anda, pronto, Loulou! — ¡Vavos al **Bois!** ¡Pronto, pronto!

Julio Guerra, romántico impertérrito, incurable del corazón, a pesar de su vida experimentada y dura, se dió también por invitado al Bosque; se vistió con premura, bajó la escalera y aguardó en la esquina, resuelto a ser audaz después de una noche de suplicio.

Georgette no se hizo esperar. Salió del hotel y, al llegar a la esquina, encontró a Julio que, sombrero en mano, la saludó y pidió permiso para acompañarla. Loulou, con una cinta en el pescuezo, saludó al desconocido saltando alegremente y batiendo su cola esponjada de perro de lujo.

Aceptada la compañía, Georgette dió el brazo a su nuevo amigo y, después de tomar café en el inmediato restaurante, montaron en el primer vehículo que pasó, dirigiéndose luego al Bosque de Boloña.

...Nadie hubiera dicho que aquella no era una pareja de antiguos amantes.

Al llegar a la entrada del Bosque dejaron el coche. Georgette quería que Loulou corriera a sus anchas.

No hacía mucho frío, y los amigos se perdieron a lo largo de los senderos, bajo los tristes árboles desnudos y ennegrecidos. El humo de la gran ciudad empañaba medio cielo; pero en la otra mitad dilatábase, limpio y sereno, un profundo violeta americano.

Estimulado por la dulcedumbre matinal y advirtiendo en aquella mujer un espíritu sensitivo, Julio Guerra se dió a pensar en voz alta. Su vigorosa imaginación le llevó a otras épocas; y nada tiene de extraño que se sintiera un poeta de tiempos del Rey Sol, declamando madrigales de seda e hilvanando exquisitas galanterías en loor de una pastora versallesca.

Georgette le aplaudía con solemnidad, abría, bajo el cielo y bajo el alba de su cabellera metálica, los grandes ojos de brillante azul y, paso a paso, entre el escueto varillaje de la arboleda, llegaron a prometerse los amigos una larga y sincera vida de amor...

Loulou les seguía de lejos como un niño, formal y discreto, que temiera turbar una acción vislumbrada por instinto.

La puerta del imposible se abrió, y pasaban tranquilos los meses de amor del artista extranjero y de la rubia metropoliiana.

Julio trabajaba con empeño, y proveía a todo de manera decente aunque modesta. Georgette estaba satisfecha de su vida y de su amante, según lo declaraba entre besos y risas. Estudió y aprendió uno por uno los caprichos y costumbres del artista, y llegó a tal la armonía de los dos que les sobraba el lenguaje para entenderse. El mismo Loulou era una nota de aquella armonía. Una sola palabra de sus amos le hacía saltar de gozo. Georgette lo había criado como a un chico, y Julio, personalmente, le daba de comer. Entre ambos lo bañaban, y aquello era una fiesta. Loulou tenía su cama y su toilette. Como no había sirviente, el perro aprendió a llevar una bolsa con apuntes y dinero, a la tienda, para hacer la compra. Hablar únicamente le faltaba al mimado animal.

¡Qué amable le parecía la vida entonces al bohemio! ¿Grandes riquezas?... ¿Para qué? ¿No tenían bastante para ser dichosos?

El dolor del pasado se había desteñido en los recuerdos de Julio Guerra. como se destiñe la sangre en las telas muy antiguas. Si había sufrido mucho, estaba bien. Por eso era feliz. ¿No era la vida un turno del bien y del mal? Sufrir mucho antes para gozar después. Esta llegó a ser la filosofía del joven exótico.

Con todos esos razonamientos, expresados en sonoros discursos, entre caricias y ternuras, parecía estar de acuerdo Georgette.

☼

Mas tocaba ya el turno al dolor, y comenzaron las dificultades monetarias para el honrado mozo. Perdió uno de los mejores trabajos que tenía, y los ingresos mensuales disminuyeron considerablemente. En el hotel, pues, quedaban los amantes reducidos a una habitación del tercer piso. Luego fueron al cuarto, más tarde al quinto, viendo que el presupuesto no alcanzaba. Por último, un día de necesidades extremas, tuvieron que vender el perro a una rica matrona que se lo llevó en automóvil, mientras las pupilas de añil de la muchacha vendedora se colmaban de llanto.

Con la venta del perro Georgette se llenó de pesadumbre, aunque no lo confesara. El desinterés de su amor por Julio, que hasta entonces hubo mostrado en todos los detalles de la vida marital, pareció acabársele. Su abnegación y su conformidad de los meses de escasez se agotaban. Un algo extraño notaba Julio en su amada; y cuando lo vió claro, cuando supo, por amarga experiencia, que el amor de aquella mujer no llegaba al sacrificio... que no era amor lo que como tal él conceptuara, el amor que él era capaz de sentir todavía, volvió a ver el mundo sin el prisma rosa de aquel último idilio agonizante, concebido una noche de enero e iniciado una mañana gloriosa, en que el azul violeta se dilataba hondo y suave sobre el bosque desnudo.

☼

No obstante la miseria, y tal vez sugestionada por la fuerte voluntad de aquel hombre de ojos negros y penetrantes, Georgette continuaba en el hotelito. Tal vez porque no había resuelto donde irse. Acaso por temor de su amante, a quien no creía capaz de dejarla marchar sin tragedia.

Ese nueva estado de cosas trajo por consecuencia —no sin un rasgo de optimista autosugestión de Julio— una reconciliación que alivió la vida en el cuartito del quinto piso.

☼

Entraba en aquel domingo lo mejor de una primavera, y los amantes —como caricaturando el amor de otro tiempo— tomaron el camino del Bosque, a lo largo de la fabulosa avenida. Marchaban a pie, sin decirse nada, mezclados a un enorme desfile. Innumerables fiacres y automóviles congestionaban la ancha vía, y cuando la pareja debía cruzar a la otra acera, tuvo que detenerse, esperando la señal del polizonte.

Los carruajes seguían pasando en profuso tropel. Georgette los observaba uno por uno, haciendo comentarios lacónicos sobre tal sombrero o cual rostro, al oído de Julio, cuando —inopinadamente— se le escapó un grito:

—¡Loulou! — ¡Mi Loulou! — Míralo, Julio...

El polizonte dió la señal de alto a los carruajes, y allí cerca de los amantes se detuvo el automóvil de la rica matrona que había comprado el perro.

Georgette soltó el brazo de Julio y se acercó para acariciar a Loulou, que sacaba la cabeza por una ventanilla. El animal ladró furioso a la mujer que se aproximaba y, en tanto, el automóvil siguió, perdiéndose de vista en un torbellino de ruedas...

Julio había presenciado la escena. Georgette volvió a su lado, sorprendida y llorando a mares.

—¿Me habré equivocado?

—No tal, respondió Julio. Yo reconocí bien a la dama que nos lo compró.

Y siguieron.

☼

Temprano salió de casa Georgette aquel día. Era hora de cenar y no regresaba. La víspera, por la tarde, también se había demorado... Julio se paseaba impaciente, mirando por la ventana a cada momento, y aunque un rayo de intuición le daba cierta idea, la desechaba como un absurdo. ¡Pobre ingenuo! Creyendo aún en...

Georgette no volvió nunca.

☼

Un buen amigo, que sabía los padecimientos del bohemio, le invitó al teatro, para sacarlo de su escondite del quinto piso.

—¡No seas tonto, hombre! — Hay muchas mujeres y tú tienes un gran porvenir... ¡En vano parece que hayas sufrido tanto!

Julio aceptó la invitación.

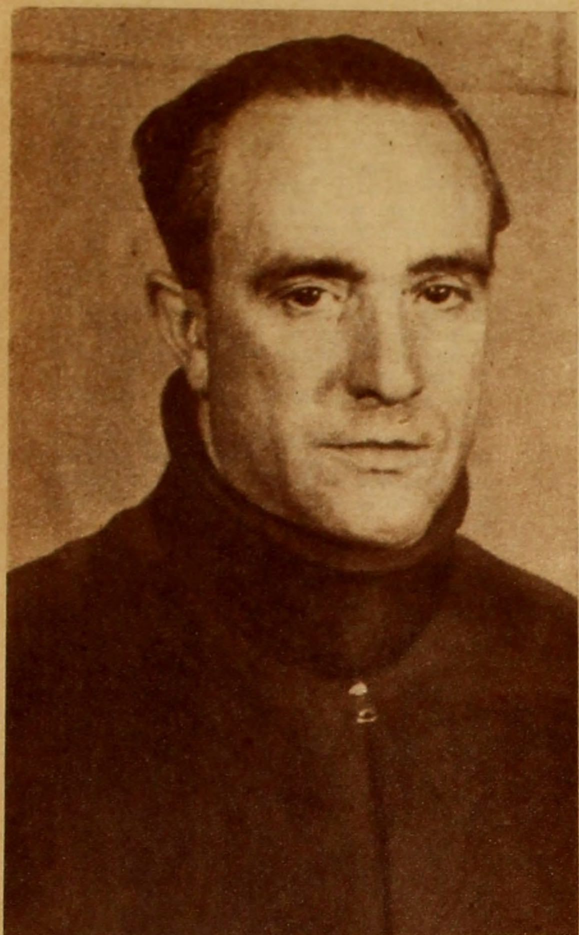
En un entreacto daban vueltas los dos amigos, cuando Julio se paró de súbito, creyendo que era una alucinación lo que veía...

—¡Sí! ¡La misma!... ¡¡Georgette!!

Le saltó el corazón.

La chica, elegante y lujosamente ataviada, pasó dando el brazo a un gomoso de frac y crisantemo, después de mirar a Julio Guerra con lacónica frialdad.

Carrasquilla - Mallarino.



Una de las figuras más destacadas de la España Republicana es el coronel Sandino, ministro de Guerra de la Generalidad y organizador de las fuerzas aéreas de Cataluña. Según las últimas noticias recibidas de España, Sandino desempeñará un papel importante en las luchas inminentes de Aragón.

Con impaciancia esperan los milicianos la llegada del camión que les trae los periódicos en el frente de Aragón.



ACTUALIDADES MUNDIALES

Tropas japonesas frente a la ciudad de Pataling, que acaban de conquistar en la China del Norte. Al fondo la famosa muralla China.

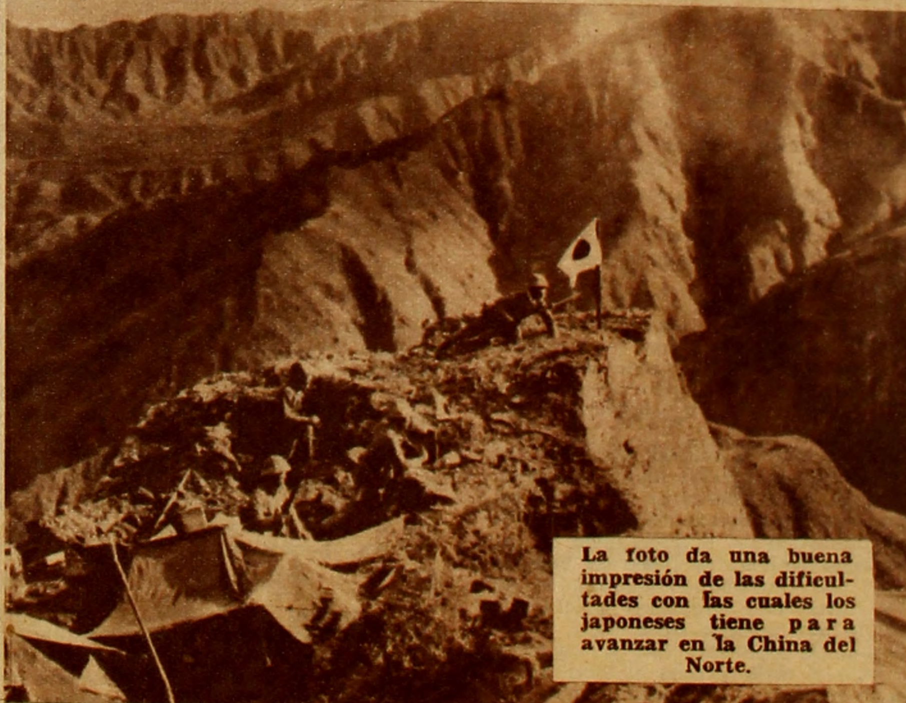


Se inauguró en Londres en el Castillo del Marqués de Bute, una colección de objetos traídos por la expedición de Sir Robert Mond de Luxor. — La foto muestra la estatua de un rey egipcio de la undécima dinastía.



Aviones japoneses bombardean pueblos pacíficos. Infantería japonesa observando los efectos de un bombardeo que realizan sus aviones contra un pueblo pacífico.





La foto da una buena impresión de las dificultades con las cuales los japoneses tiene para avanzar en la China del Norte.



Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

























Casa Soler



NUESTRO FORMIDABLE EMPORIO DE TEJIDOS LE BRINDA ESTAS OPORTUNIDADES

TELA VASCA	COLORES FIRMES, ANCHO 0,70 ctm. MT.	$ 0.15
LAINETTE	BONITOS ESTAMPADOS, MT.	$ 0.20
BENGALINA	ALGODON, SOBERBIA VARIEDAD, MT.	$ 0.24
BENGALINA	ALGODON, ESPLENDIDOS ESTAMPADOS, MT.	$ 0.30
TELA DE LINO	COLORES LISOS MT.	$ 0.40
BENGALINA	DE SEDA, SELECTO SURTIDO, MT.	$ 0.45
TELA TURISTA	LAVABLE, GARANTIDA AL AGUA y al SOL, MT.	$ 0.45
PIQUE	ESTAMPADO COLORES GARANTIDOS AL LAVADO, MT.	$ 0.50
NOPILIA	TEJIDO LAVABLE, GRAN VARIEDAD, MT.	$ 0.50
SILANA	TELA IDEAL PARA ENTRETIEMPO, MT.	$ 0.60
BRISAS de VERANO	TEJIDO LAVABLE para TRAJES de VERANO, MT.	$ 0.65
SINELIA	DE SEDA, COLORES GARANTIDOS AL AGUA y al SOL, MT.	$ 0.80
CREP SATEN	REVERSIBLE, PURA SEDA, ANCHO 95 ctm, MT.	$ 0.95

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
Esq. M. SOSA

SUC. GOES
Av. Gral. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT

SUC. CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. PIEDAD